¿Puede Enseñar la Experiencia?

Por R. J. Rushdoony

El Granjero Californiano, 228:5 (2 de Marzo, 1968), p. 44.

En 1959 un viajero en Europa salió de las ciudades para visitar las zonas aledañas. Descubrió, mientras pasaba un poco de tiempo en una villa, que la población de granjeros había disminuido a un ritmo constante. El pastor de la localidad le dijo, "Si nuestra comunidad continúa disminuyendo al ritmo actual, para la siguiente generación este valle estará totalmente deshabitado." La población de las ciudades en aquel país había crecido rápidamente; la población en las zonas rurales había decrecido a un ritmo constante. ¿Por qué? El problema era las antiguas costumbres y leyes de la herencia, que estaban destruyendo de manera firme y regular el derecho a la propiedad. Algunos granjeros poseían solamente una octava o una dieciseisava parte de sus granjas. Tres hermanas casadas en el valle poseían – cada una – una tercera parte de la cocina de su padre, aunque ya no vivían allí. Otra mujer dormía en una casa, había heredado el derecho a las comidas en una segunda, y el derecho de calentarse en el banco cerca de la estufa en una tercera casa. El resultado neto de estas leyes era que la propiedad privada de la tierra se hallaba virtualmente destruida; los hombres jóvenes estaban abandonando el valle; ¡y estaba destinado a quedarse deshabitado!

El problema no era el terreno; era tan rico como siempre. No había falta de hombres jóvenes quienes hubiesen disfrutado de poseer una granja. El problema era simplemente este: las malas costumbres y las malas leyes habían hecho que el derecho a la propiedad y el dedicarse al trabajo en la granja se hicieran prácticamente imposibles. La situación era obvia: pero los hombres no estaban ni aprendiendo ni cambiando por su experiencia.

En 1914, el historiador Guglielmo Ferrero, en su obra *La Antigua Roma y los Modernos Estados Unidos*, escribió que "La enfermedad que mató al Imperio Romano fue, de hecho, la urbanización excesiva." Roma sacrificó al granjero frente al habitante de la ciudad. Hizo que el trabajo agrícola fuese cada vez menos y menos exitoso por medio de más y más controles. El pequeño granjero, la espina dorsal del pueblo romano, desapareció a un ritmo creciente, y las grandes granjas, en manos de los políticos, tomaron su lugar. Progresivamente, los elevados impuestos hicieron que fuese más fácil para el granjero vivir de la beneficencia en la ciudad que tratar de sobrevivir en la granja.

Pero esta es una vieja historia, más antigua que Roma y tan nueva como las leyes de impuestos y los programas federales de la actualidad. ¿Por qué es que los hombres y las naciones no han aprendido de las experiencias pasadas?

La respuesta es que los hombres no aprenden por medio de la experiencia; aprenden por medio de la fe. Conozco apostadores que han perdido con frecuencia, uno que perdió $ 50,000 en un solo fin de semana, pero ninguno de ellos aprendió por la experiencia. Únicamente regresaron a perder más. Les faltaba la fe y el carácter para beneficiarse de la

experiencia. Solamente a los hombres de carácter se les puede enseñar por la experiencia, porque son, primero que todo, enseñados por la fe.

Falta de capacidad para aprender: éste es nuestro problema nacional. Estamos destruyendo todo lo que nos hizo grandes. Estamos socavando al granjero y le estamos empujando a la ruina. Estamos yendo en pos de cursos inmorales como si fueran cursos piadosos. Y, como el apostador, mientras más tontos nos hacemos, más nos convencemos a nosotros mismos de que nuestro curso de acción nos convertirá en ganadores.

Aquel valle en Europa, con sus exuberantes praderas verdes y ricas granjas, se quedará sin pobladores dentro de no muchos años. Las hermosas casas antiguas, algunas de muchas generaciones de edad, se quedarán vacías, si no se hace un cambio. Y, si no se lleva a cabo un cambio, merecerán la muerte y la decadencia que experimentarán tanto las zonas rurales como la nación.

También en los Estados Unidos, son evidentes las señales peligrosas. La decadencia moral es evidente en todas partes. Las ciudades crecen en términos del crédito fácil, y las granjas enfrentan problemas a un ritmo creciente. Los hombres no van a cambiar sin fe, y "la fe viene por el oír, y el oír por la palabra de Dios" (Rom. 10:17). La Palabra de Dios debe ser proclamada, y debe ser estudiada. Entonces los hombres podrán aprender por la experiencia.

Traducción de Donald Herrera Terán, para www.contra-mundum.org